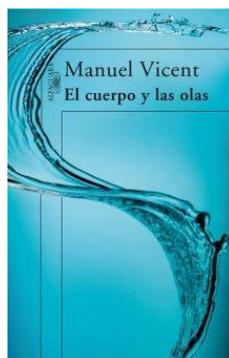


Manuel Vicent, *El cuerpo y las olas*. Madrid, Alfaguara, 2007.



En esta autoantología, recoge Vicent sus mejores columnas de prensa. De ahí tomamos nosotros las 13 columnas que más nos han gustado. En ellas, en cuatrocientas palabras largas engarzadas en un párrafo único, Vicent se muestra agudo, esteta, crítico, creador...

La flor de la maravilla.

Sangre (pp. 23-24)

Un tabique liviano separa las dos aulas del instituto: a la misma hora, en una de ellas se explica el misterio de la Santísima Trinidad y en la otra se da el teorema de Pitágoras. Las voces de los profesores de religión y de matemáticas a veces se entrecruzan, y cuando ambos callan, entonces desde el patio llega el canto de los pájaros. En una de las pizarras está dibujado un triángulo equilátero con el ojo divino que todo lo ve. El misterio de la Trinidad consiste en que Dios son tres personas distintas con una sola sustancia y también lo contrario. Los alumnos repiten de memoria este enigma teológico sin que su cerebro estalle. En la clase de matemáticas también se halla dibujada otra figura geométrica. El profesor la explica señalándola en la pizarra con el puntero: en el triángulo rectángulo el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de los catetos. Con el teorema de Pitágoras se han levantado ciudades en la Tierra y se han medido las distancias estelares que nos permiten mandar nuestras naves a las esferas celestes; en cambio, después de miles de años, el ojo de Dios, enjaulado en el triángulo equilátero, sigue produciendo lágrimas de sangre hasta anegar el curso de la Historia. Me pregunto qué habría pasado si, desde el principio, ese ojo de Jehová se hubiera instalado en el interior del triángulo rectángulo de Pitágoras. Tal vez el fanatismo que habría generado sería racional y matemático. Al terminar las clases los dos profesores se largan por el pasillo, uno cargando con la fe y otro con la razón. Infinidad de fieles se han degollado por la interpretación de una sola palabra teológica; los credos religiosos han causado innumerables matanzas, pero también las matemáticas han servido para que las armas sean inteligentes y puedan exterminar con un rigor implacable a gente inocente y anónima. El tabique que separa las aulas del instituto no tiene apenas consistencia y durante estos días de primavera es percutido de un lado por los dogmas y de otro por los axiomas, por el paraíso terrenal y el álgebra, por el Espíritu Santo y la trigonometría, por la resurrección de la carne y la raíz cuadrada, por el cielo y las ecuaciones, por el infierno y los quebrados. Ninguno de los dos profesores duda, pero si quedan callados, en medio de su silencio se oyen los chillidos de los pájaros que están furiosos de amor. Esos pájaros son también los de Bagdad que ahora se persiguen para amarse en las palmeras entre el fanatismo de la religión y el racionalismo de las armas, dos fuentes inagotables de sangre.

Río de espejos (pp. 39-40)

El río en el que nadie se baña dos veces, según Heráclito, está formado por todos los espejos en los que uno se ha mirado a lo largo de la vida. La conciencia se inicia en el instante en que el niño se reconoce a sí mismo por primera vez en el espejo familiar del cuarto de baño. Llega un momento en que ante su propia imagen el niño piensa que ese que aparece allí dentro es él y no otro, éstos son sus ojos, su nariz, su boca, su diente partido. Frente a ese espejo se establecen a continuación unos ritos inolvidables: su madre le lava la cara y le peina, unas veces a gritos, otras con lisonjas, y allí se reflejan las primeras lágrimas, las primeras risas. En el azogue del espejo familiar la imagen del niño quedará guardada para siempre bajo la protección de Narciso. La edad consiste en ir dejando atrás aquel primer espejo. Un día el chico se afeitará la pelusilla del bigote y la niña se pintará por primera vez los labios con carmín, pero puede que sea ya en otro cuarto de baño. Si hubieran sido fieles al primer espejo no se habrían dado cuenta de que tenían ya quince años. El río de Heráclito discurre sobre nuestra piel, nos atraviesa por dentro y uno sólo comienza a envejecer cuando abandona aquel espejo que era tu verdadero amante. Cada vez que vuelvas a mirarte en él después de una larga ausencia entenderás que el tiempo sólo es un cambio de apariencia. Se trata de una experiencia muy común. Al llegar el mes de agosto te vas de vacaciones a la casa de la playa, entras en el cuarto de baño, abres la ventana y te miras en el espejo donde había quedado congelado tu rostro desde el verano pasado. No estaban allí todavía algunas arrugas ni las ojeras que has cosechado a lo largo del año. Se hace evidente que has engordado. La expresión de los ojos tampoco es la misma. Pese a todo, durante el verano irás asimilando esta nueva imagen hasta aceptarla e incluso asimilarla con agrado, pero al volver a la ciudad, cuando apenas ha pasado un mes, en el cuarto de baño de casa te esperará la imagen que dejaste allí antes de salir de viaje. También esta vez algo habrá cambiado. El bronceado alegrará la palidez con que te recordabas, pero tal vez en la nueva imagen se reflejará una nueva erosión, el rastro de algún desengaño, la señal de una caída. Uno va envejeciendo en los sucesivos espejos como si se reflejara en la orilla del río que nos atraviesa. Pese a todo existe un primer espejo que guarda tu imagen de niño ante el que tu madre te fregaba la cara con un estropajo. Ése es el que te amará siempre y te será fiel hasta la muerte.

Idioma (pp. 57-58)

Una mañana, en el hotel Plaza de Nueva York, no había acabado de despertar cuando oí voces en el pasillo que hablaban un castellano muy dulce. En el sopor de la conciencia tuve un pensamiento feliz: por fin la excelsa lengua de Cervantes había conquistado la cima del Imperio, según había soñado Nebrija. Eran unas chicas mexicanas que estaban pasando la aspiradora. Poco después una joven colombiana llamó a mi puerta para arreglar la habitación. Mientras limpiaba el lavabo un día me contó algunas peripecias de su vida con las palabras más puras de nuestro idioma. No sé inglés y como no soy científico ni hombre de negocios, no lo necesito. A cualquier parte de Estados Unidos adonde vaya siempre encontraré un camarero, una cajera, un maletero, un abrecoches, cualquier cocinero que me saque del apuro. El emperador Carlos V dijo que utilizaba el italiano para hablar con las damas, el francés para hablar con los hombres y el castellano para hablar con Dios. Hoy en Nueva York sólo usaría nuestro idioma para departir con los criados, como hago yo que no soy nadie. Cuando camino por Manhattan y suena a mi alrededor la lengua de Cervantes, vuelvo la cara y normalmente se trata de alguien que está descargando bultos o va tirando de una carretilla. El simple hecho cuantitativo de que hablen castellano cuatrocientos millones de personas y que suene en el lugar más extraño del mundo donde se haya afincado un emigrante latinoamericano, hace que los españoles no necesitemos el inglés vitalmente, lo cual juega en nuestra contra. Sin duda, la minoría hispana ya ha accedido en Norteamérica al gran consumo y constituye también una fuerza electoral, por eso los políticos en los mítines balbucean algunas palabras en castellano y los ejecutivos de las multinacionales consideran una ventaja hablarlo bien, pero a la hora de firmar un contrato internacional y de acceder a las últimas conquistas del cerebro humano, la lengua de Cervantes no cuenta para nada. Hay que saber inglés. En este sentido conviene inculcar a nuestros escolares una idea básica: el castellano sirve para soñar, para rezar, para escribir bellas historias, para recordar grandes hazañas del pasado, pero no interviene en absoluto en la economía mundial ni en el pensamiento científico. Su zona de máxima influencia está en los sótanos del Imperio, donde se friegan los platos y se cargan los paquetes. Cuando oigo hablar mi idioma en Nueva York sé que lo pronuncia un hermano. Voy hacia él y lo abrazo.

Gol, gol, gol (pp. 193-194)

No hay ningún hecho histórico, espiritual, científico, político ni social que reciba, ni de lejos, un clamor colectivo tan intenso como el que produce un gol. Hay remates espectaculares con el delantero y el guardameta chocando en el aire que mueven a la admiración, pero muchas veces, debido a cualquier fallo, el balón rueda tontamente y se cuelga en la portería de forma estúpida. En cuanto traspasa la línea de meta las gradas estallan con el mismo alarido irracional, y en los bares, en salas de estar, en plazas de los pueblos más remotos del planeta, gentes de todas las razas se levantan de los asientos y se abrazan ante las pantallas del televisor. En el mundo de hoy no existe misterio más profundo que ese entusiasmo nacido de una simple patada. La alianza de civilizaciones ahora mismo se realiza en los vestuarios de los equipos de fútbol, donde comparten las ovaciones y el sudor jugadores de distintas etnias y naciones, sometidos a la dictadura de un entrenador y al silbato tantas veces equivocado del colegiado. En ninguna actividad humana existe tanta distancia como la que se da entre un divo del balompié, multimillonario, adorado por las multitudes de todo el planeta, y el árbitro que dirige el encuentro. No obstante, este personajillo subalterno, vestido de negro y con un sueldo para ir tirando, tiene la suprema potestad de levantar una tarjeta roja ante las narices sudadas del superhéroe y con un gesto displicente expulsarlo del campo. En ese momento se produce un extraordinario prodigio, que consiste en que el jugador obedece. En ningún orden de la vida se da este milagro. Imagínese usted a un apoderado del Banco de Santander mandando a casa a Botín por cualquier zancadilla financiera o a un tipo de la calle señalándole el vestuario a un presidente del Gobierno y que ambos con la cabeza gacha obedecieran. Ese enigma acontece en el fútbol, pero eso no es nada frente al delirio explosivo que concita un gol. Ante un descubrimiento científico de primer orden, el público ni siquiera aplaude; cuando el Papa en una concentración de masas eleva la hostia consagrada, los fieles guardan silencio; si los jueces emiten una sentencia justa, nadie hace la ola; tampoco se levanta ningún rumor en la calle ante un decreto trascendental del Gobierno. En cambio, un balón entra en la portería, y la humanidad se comprime, el locutor aúlla, y entonces se produce un big bang que va desde la íntima miseria que cada ciudadano arrastra hasta la máxima expansión de dicha colectiva.

Pañería (pp. 195-196)

Los escritores de la Generación del 98 huelen a cerrado. Baroja en su propia casa llevaba puestos la boina y el abrigo e incluso a veces se añadía una bufanda y una manta en las rodillas. Un día Unamuno estaba sentado a una mesa camilla y la visita que lo acompañaba, al ver que guardaba silencio y hundía la cabeza en el pecho, creyó que se había dormido, pero una de sus babuchas comenzó a arder en el brasero y por el olor a chamusquina el acompañante se dio cuenta de que don Miguel había muerto. Antonio Machado vestía como una cama deshecha y Juan Ramón Jiménez, pese a que sus poemas eran limpios y azules, él iba muy abotonado y de negro como un grajo. El garrotazo que el periodista Manuel Bueno le dio a Valle-Inclán le hundió el gemelo en la muñeca. Bastaba con que se hubiera lavado un poco, pero no lo hizo; la herida se le gangrenó y hubo que cortarle el brazo. Desde Caldos a Manuel Azaña, pasando por el atildado Azorín, es posible que ningún literato español se duchara más de diez veces al año. Debido a eso toda su literatura huele a atmósfera muy cargada. Hay que esperar a la Generación del 27 para comprobar que el aire deportivo, de tipo anglosajón, había prendido en nuestros escritores. Sólo en los aledaños de la Segunda República aparecen los primeros jerséis de pico y el cuello abierto sobre las solapas como lo llevaba Blasco Ibáñez, convertido en un señorito de la Costa Azul. Hay fotografías de García Lorca con pantalones bombachos, calcetines de rombos y pajarita; de Alberti con una camisa negra y una corbata clara; de Cernuda hecho un dandi muy planchado, y aunque los poetas Salinas, Guillen, Dámaso Alonso, Altolaguirre y Aleixandre aún vestían muy formal se nota que su pañería ya era inglesa y estaba venteada por el espliego del Guadarrama. A Gil-Albert se lo encontró León Felipe en una calle de México durante el exilio con un aspecto deplorable. Le dijo que un grupo de escritores norteamericanos había girado fondos para remediar estas situaciones lastimosas entre los refugiados. Con el cheque en la mano Gil-Albert se olvidó del hambre canina, entró en una tienda inglesa y se compró un suéter, un foulard de color humo con motas blancas y todos los productos de perfumería Jarley, jabón de afeitarse, polvos de talco, loción y sales. Rancios, de oscuro, oliendo a cuarto cerrado, sin un gramo de fascinación, así han sido la mayoría de nuestros escritores. Mi teoría literaria es ésta: si no eres guapo ni vives ni vistes como Scott Fitzgerald, nunca escribirás *El gran Gatsby*.

Jóvenes (pp. 267-268)

Los jóvenes que se han examinado este año de selectividad nacieron con el Internet, con el móvil, el MP3, el CD, el GPS, el chat y la PlayStation. A través de la yema de los dedos sobre los distintos teclados su sistema nervioso se prolonga en el universo. En el mundo ya no había muro de Berlín ni comunismo ni guerra fría cuando tomaban la primera papilla, pero al pasar del triciclo a la bicicleta se encontraron con la globalización, con el terrorismo planetario y con los patines de dos ruedas. No saben qué es la mili. Muchos aprendieron inglés en Inglaterra y realizaron intercambios con chicas y chicos de otros países. Los más concienciados aman la naturaleza, son sensibles al ahorro de energía, se molestan en buscar una papelera antes de tirar un envase en el suelo, rechazan la comida basura e incluso cierran bien el grifo del fregadero. Los más descerebrados se excitan cada sábado en el albañal del botellón. Sus padres en la manifestación de izquierdas corearon el pareado: el pueblo unido jamás será vencido. Ellos sólo cantan el *oe, oe, oeee* al final del partido, cualquiera que sea su ideología. Ese cántico es el himno del siglo XXI, acompañado con la imagen de las Torres Gemelas ardiendo. Esta nueva promoción de universitarios conoció el amor ya en tiempos del sida y aunque en el colegio les explicaron cómo se usa el preservativo, a la mayoría no les da tiempo de ponérselo. Su horizonte es el genoma humano, que comparten con la marca Nike, y si sus padres se estremecieron con Maradona, Cruyff y Butragueño, ellos adoran a Nadal, Fernando Alonso y Pau Gasol. No les interesa la política, les suena vagamente el nombre de un tal Felipe González, no leen periódicos, tienen una idea muy fragmentaria de la cultura, pero cuando un tema les apasiona, deporte, cine, informática o música, lo conocen hasta el fondo, abastecidos por una información exhaustiva. Existen algunos síntomas que indican que ya tienes muy poco que ver con los nuevos jóvenes. Si sabes quién era Ángela Channing, si has llegado a ver la tele en blanco y negro, si estás todavía con la marihuana o la cocaína y no con las drogas de diseño, si conociste a John Travolta sin tripa, si aún piensas en pesetas al hacer las cuentas, si tu sobrino sabe más que tú de ordenadores, si te cabreas porque tu hija deja el bote de champú abierto, si cuelgas la toalla en su sitio después de ducharte, si te acuerdas de Michael Jackson de cuando era negro, cualquiera de estas señales indican que comienzas a hacerte viejo.

Territorio (pp. 279-280)

El tiempo también es un territorio. A cierta edad el tiempo que te quede por vivir será tu único patrimonio. Mientras seas joven no pasa nada si parte de ese patrimonio lo cedas de buen grado a otra persona, si lo malgastas o, incluso, si permites que cualquier idiota te lo arrebatte. La vida te dará todavía algunas oportunidades para recuperarlo. Pero cuando el caudal empiece a agotarse no deberás permitir que nadie interfiera, fiscalice o coarte ese tiempo de tu exclusiva propiedad. Cualquiera puede ser rey de ese territorio invisible, sólo que para llegar a dominarlo hay que dar un golpe de Estado: si pierdes esa batalla ya no serás nadie. Un día, tal vez a causa de una depresión o porque el dedo de un ángel te haya tocado la frente, tendrás la evidencia del valor del tiempo que te queda antes de disolverte en el espacio. Será lo más parecido a una revelación. De pronto, descubrirás un hecho tan simple como éste: que la vida te pertenece a ti y a nadie más. Debes saber que nadie te va a agradecer el haber cedido la soberanía si no fue por tu gusto y placer. Habrás sido un esposo fiel, un padre ejemplar, una hormiga de oro para la empresa y un ciudadano honorable, pero no serás el tipo que un día decidió ser libre, ya que el tiempo también es la libertad. A partir de una edad no intentes volar en un ala delta ni correr los cien metros lisos a menos que te pongan un féretro en la meta. Hay retos más difíciles que uno debe afrontar cuando ya se divisa un gato negro en la línea del horizonte. Dios creó el tiempo, pero dejó que nosotros hiciéramos las horas. Ese pequeño territorio de cada día será imposible de gobernar si el tiempo no es tuyo y no eres tú quien marca las horas para regalarlas y compartirlas con esa clase de personas que te hacen crecer por dentro. Esa dádiva también será tu salvación. Estas cosas le decía el Maestro al discípulo mientras paseaban una noche muy oscura por una ciudad abandonada. Al llegar a una plaza el discípulo creyó que había salido la luna llena sobre los tejados, pero sólo era la esfera iluminada del reloj de una torre, donde también había una veleta oxidada en forma de gallo. En ese momento sonaron doce campanadas y el Maestro le hizo observar al discípulo que aquel reloj no tenía agujas ni números. Su esfera parecía la córnea de un ojo que les miraba en la oscuridad. El tiempo también es el silencio, de modo que a una edad lo más sabio a veces es callar, pero nunca obedecer, dijo el Maestro. El gallo oxidado de la veleta cantó anunciando la madrugada.

La raya del tigre (pp. 269-270)

Durante una tempestad que se desencadenó de repente en mitad de la sabana un tigre fue alcanzado de lleno por un rayo y entre los dos se produjo una gran confusión de luz, pero lejos de matarlo o herirlo la descarga eléctrica sólo trazó sobre la piel del tigre una nueva raya. A partir de ese momento fue un tigre con una raya de más, color fuego, que se veía brillando a mucha distancia. Si este felino tuviera vida interior, semejante suceso podría ser entendido como una gran conquista de su espíritu. Gracias a su poder de concentración para enfrentarse a todos los peligros había sido capaz de neutralizar la fuerza del rayo, un hecho del que podía sentirse muy orgulloso. Sabiéndolo diferente, todas las fieras de su misma especie, incluidos los leones, comenzaron a rendirle admiración, pero un día fue avistado por unos cazadores furtivos quienes al advertir su rareza experimentaron un deseo furioso de capturarlo, puesto que este tigre se había convertido en una pieza única, la más cotizada, como una obra de arte. La codicia dividió a los cazadores en dos bandos: unos soñaban con ofrecerlo al zoo de Berlín para que se convirtiera en una estrella de la modernidad; en cambio otros querían desollarlo, echar su carne a los buitres y vender la piel al peletero más afamado para que entrara abrazado a una mujer fascinante en el Metropolitan Opera House de Nueva York. El tigre supo muy pronto la pasión que había despertado entre sus admiradores, cuyo número iba en aumento día a día, todos armados. Estaba recreado en su gloria cuando oyó silbar muy cerca la primera bala. Era el mensaje que le mandaba un cazador para demostrarle cuánto le quería. A este disparo siguieron varios más, todos con la misma señal. Antes de que las bocas de los rifles formaran a su alrededor un círculo amoroso insalvable el tigre consiguió refugiarse en una mancha boscosa de la sabana. Hasta allí llegaron enseguida otros cazadores con cerbatanas y cápsulas de somníferos. Ni siquiera podía esperar que la noche le protegiera. La raya de fuego brillaba sobre su piel en la oscuridad y aunque le querían a él nada más, todas las fieras huyeron de su lado al verse descubiertas por aquel resplandor. En la medida en que la raya del tigre despertaba más pasión se ahondaba alrededor la soledad. El rayo lo había elegido para la gloria y al mismo tiempo lo había condenado. El instinto le hizo saber que estaba perdido, porque la belleza sólo está a salvo y permanece incontaminada cuando es inaccesible.

Metamorfosis (pp.227-228)

Praga es la ciudad más bella del mundo y tal vez la más misteriosa. En el monte Petrin quedas extasiado ante la visión de los tejados rojos de Mala Strana, que se vierten hasta la Ciudad Vieja sobre el río Moldava entre cúpulas, puentes con santos carbonizados y agujas de oro, y sin que te abandone el pasmo por tanta belleza cualquier mañana despiertas convertido en un insecto monstruoso, como le sucedió al ciudadano Gregor Samsa. Nunca se sabe el enigma que esa ciudad puede depararte, por eso hay que estar prevenido. En este último viaje Praga me ofreció también un pequeño prodigio. Bajando del Castillo por el Callejón del Oro cualquier viajero sensible es capaz de percibir la pulsión que ese lugar emite desde sus sótanos, donde los alquimistas torturaron metales y alambiques en busca de la piedra filosofal; el Golem, un androide de barro, al que le dio vida el rabino Lów en la Edad Media, duerme todavía entre las vigas de la vieja sinagoga de Pinkas sin haber perdido sus poderes ocultos. Y después está Kafka con bombín y traje negro caminando sobre la nieve por un oscuro callejón de regreso a casa de madrugada después de pasar la velada en una taberna bajo un vapor sofocante de cerveza. En este último viaje, en la entrada del invierno de Praga, me paseé una vez más por el viejo cementerio judío, cuyo fuego fatuo era algún grajo que levantaba el vuelo entre las estelas mohosas, y a lo largo de la calle Parizska hasta divisar las espadañas crispadas de Nuestra Señora de Tyn iba pensando en que estos escaparates de máximo lujo capitalista, Dior, Gucci, Valentino, en la época comunista sólo albergaban tarros de pepinillos, botes de mermelada polvorientos y algún cristal de Bohemia. Pero si el comunismo ha sido erradicado de la vida, en el laberinto de Praga permanece todavía la memoria inquietante de astrólogos, robots, muñecas de porcelana, quiromantes y vampiros hibernados, una conjunción de fuerzas negras que busca todavía el oro filosófico. Esta atmósfera cargada siempre depara alguna sorpresa. La belleza de Praga puede aplastarte hasta transformarte en un escarabajo, aunque también puede engendrar un milagro igualmente enigmático, como el que presencié en el cementerio judío de Strasnice. En medio del frío glacial de diciembre, junto a la tumba de Kafka, había un árbol cuya savia había enloquecido porque creía que era ya primavera y reventando todas las gemas había echado unas flores azules desconocidas. Era la otra metamorfosis.

Turistas (pp. 225-226)

Una de las claves de nuestra libertad fue aquel turismo de los años cincuenta que introdujo en España la visión de nuevas formas de vivir, de amar, de viajar. Había francesas que iban a la playa en bicicleta llevando en el cestillo del manillar un libro de Sartre y de noche enseñaban a unos pescadores patilludos, con pelo rizado en las pantorrillas, que hacer el amor no era lo mismo que devorar ferozmente un asado con hambre atrasada, sino una práctica lenta y armoniosa, llena de imaginación. Sobre la arena de unas playas todavía limpias y desiertas las escandinavas desnudaban sus cuerpos espléndidos sin culpa alguna frente a la Guardia Civil, que finalmente tuvo que claudicar ante su inocencia insolente. Llegaron los primeros biquinis, los primeros descapotables, las primeras copas largas al atardecer en las terrazas con música de bolero, los primeros collares de nueces sobre la piel quemada, las primeras noches de jazmín, las primeras sandalias grecolatinas, las primeras faldas floreadas, que a merced de la brisa del mar dejaban ver largos muslos bien torneados con pelusilla de melocotón. También llegaron entonces a España los primeros profesores alemanes y anglosajones en año sabático enamorados de nuestra cultura popular, y las chicas extranjeras obligaron a muchos jóvenes universitarios a entrar por primera vez en el Museo del Prado para ligarlas. España tenía un Mediterráneo incontaminado, todavía no bombardeado a discreción con cemento armado, al que acudía un turismo que amaba el sol y también nuestros monumentos, ruinas y catedrales. Entre dos, la convivencia siempre se establece por el nivel inferior. Aquellos primeros turistas extranjeros eran muy selectos y tuvieron que amoldarse a alguna de nuestras costumbres bárbaras, pero de ellos una generación de españoles aprendió a desmitificar el sexo, a vestir, a intuir la gloria de la libertad e incluso a sostener la copa en la mano. Más allá de la especulación y del mal gusto, lo peor ha sido lo barato que hemos vendido el tesoro del Mediterráneo. A partir de su inexorable degradación también el turismo extranjero se ha ido degradando hasta ponerse a ras de este estercolero de ladrillos que cubre la costa. Si el nivel de la convivencia se establece siempre por abajo, en adelante nuestras formas de vivir las marcará ese turismo cada vez más gárrulo, que sólo espera de nosotros que seamos camareros serviciales, mientras el sol, que les hemos regalado, les quema la barriga.

Marilyn (pp. 211-212)

Nora Barnacle, la mujer de James Joyce, nació en Galway, una ciudad asomada a los acantilados del oeste de Irlanda. En su casa, convertida en un pequeño museo, entre otras tarjetas, folletos y carteles de recuerdo los visitantes pueden comprar una foto de Marilyn Monroe leyendo el *Ulises*, la más intrincada cumbre de la literatura universal. La foto está hecha en Long Island, Nueva York, en 1954. Marilyn aparece sentada en un tobogán de la playa, en un traje de baño explosivo, con los labios entreabiertos, embebida en la lectura, con la mirada de miope un poco perdida en la página. Tiene el pesado volumen de tapas duras apoyado en las rodillas, abierto por el último capítulo en el que Molly Bloom, a altas horas de la madrugada, mientras espera a su marido en la cama, libera toda suerte de pensamientos obscenos en el famoso monólogo interior. Por la expresión de su rostro se nota que Marilyn ni entiende lo que lee ni le importa nada lo que le pasa a esa mujer. En el momento en que se hizo esta foto Marilyn estaba enamorada de Arthur Miller, con el que ya vivía una pasión clandestina. No creo que este dramaturgo la forzara a leer el *Ulises* de Joyce, una cima tan difícil de escalar, para medir el nivel de su inteligencia. Parece más bien que la propia Marilyn se hubiera impuesto el reto de llegar hasta el final del libro para demostrar que era capaz de realizar semejante hazaña, bien por amor o por hambre desordenada de cultura. El sacrificio de leer el *Ulises* de Joyce, sin importarle nada, sólo tenía sentido como inmolación ante aquel amante al que creía superior, pero Marilyn sabía de la vida más que Joyce, más que Molly Bloom y más que el propio Miller. Fue una niña abandonada por su madre, una adolescente violada, una chica de calendario para camioneros, que pasó de los brazos del bruto y celoso héroe nacional Joe DiMaggio a los de Arthur Miller, un judío intelectual neoyorquino, convertida siempre en pieza de caza mayor, para acabar zarandeada por dos ciervos de catorce puntas de la familia Kennedy hasta la muerte. En esta tarjeta postal Marilyn parece dispuesta a sorber todo el fluido interior de Molly Bloom, que arrastra grumos lascivos de su subconsciente abierto a un sexo cenagoso. No obstante, a Marilyn se la ve pura, perdida, transparente, sometida a una prueba inútil: tener que leer el *Ulises* de Joyce para presentarse ante el amante intelectual con la lección aprendida, cuando ella se la sabía de memoria sin literatura simplemente por haberla vivido.

Nadar (pp. 207-208)

Estar con el agua al cuello es un ideal de vida siempre que uno sepa nadar. Con el agua al cuello se puede practicar el elegante estilo mariposa o chapotear alegremente como una foca feliz. Todo son ventajas. Cuando el nadador se agota, hace pie, descansa, recupera el aliento y a continuación puede seguir braceando con el ritmo que él mismo se imponga. En el mar como en la vida, lo peor es que el agua o el éxito te cubra por completo. En este caso para mantenerse a flote uno está obligado a bregar continuamente, con la amenaza de que si paras, te hundes. El artista que ocupa las cabeceras de cartel, el escritor que más libros vende, el empresario que más negocios levanta, la figura de radio o de televisión con mayor índice de audiencia, el financiero que más bancos se traga, estos héroes en cuyo espejo la sociedad se mira, saben que, al levantarse cada mañana, les espera el abismo lleno de predadores al pie de la cama y que no serán nada si ellos no desarrollan también unos dientes de tiburón. Salen de casa, los recibe el mecánico en el portal, suben al coche blindado y comienzan a nadar en el asfalto, en el despacho, en el plato. De pronto sienten un tirón. Alguien les ha arreado un bocado desde abajo. No obstante, siguen nadando como si nada hubiera pasado, pero son conscientes de que acaban de perder una pierna. Poco después notan otra dentellada en un costado. Mientras bracean con furia sin perder el ánimo, se palpan las costillas y antes de que encuentren el hueco que ha dejado la herida, comienzan a oler a sangre. Entonces deciden contraatacar. Cuando uno permanece en la superficie del éxito teniendo bajo el cuerpo cien brazas de profundidad, hay que morder para seguir arriba y al mismo tiempo nadar para no ahogarse. Mitad gloria, mitad agonía, mitad euforia, mitad depresión, ésas son las dos caras del éxito. El público contempla a estos triunfadores en las recepciones oficiales o en las tribunas donde se reparten medallas y en apariencia los ve enteros, pero debajo de su rostro sonriente y de su traje oscuro apenas les queda nada. Vienen de una guerra muy carnívora. Todos son héroes mutilados. Tampoco sirve vivir con el agua a la rodilla, porque uno se debate contra las rocas del fondo y acaba desollado. Cada uno tiene su propia orilla marcada. A ella hay que llegar sin que el esfuerzo te haga zozobrar antes de alcanzarla. El ideal es estar siempre con el agua al cuello. Con ese nivel nadie se ahoga; en cambio te permite cierta emoción al desafiar las olas que te manda el azar.

Capote (pp. 171-172)

De pronto, aquel escritor tan divertido, inteligente y frívolo, que volaba como una mariposa amarilla por las fiestas de Nueva York, de Tánger y Taormina, al final de un desayuno con diamantes se encontró de frente con el Mal Absoluto. En Kansas dos asesinos habían acabado con la vida de los cuatro miembros de una familia. Truman Capote leyó la noticia con un martini en la mano, se quedó pensando y luego la recortó lentamente con unas tijeras. En realidad había imaginado que ese crimen horrible podía ser relatado con todo pormenor con las mismas palabras que él hasta entonces había utilizado en las historias de ficción, con palabras rítmicas, brillantes y exactas, para crear de esta forma un nuevo género literario, nacido de las páginas de sucesos. Capote dejó a un lado el ingenio feliz de los sarao y quiso conocer personalmente a las que iban a ser ahora sus nuevas criaturas literarias. Logró acceder hasta la celda de los asesinos en la cárcel, pasó largo tiempo escrutando sus rostros, se ganó su amistad y así pudo investigar sus vidas metiendo el bisturí hasta el fondo más oscuro. El resto ya es conocido. La novela. *A sangre fría*, de Capote, inauguró lo que en adelante se llamaría nuevo periodismo. Alguien ha escrito que si Jesucristo, en lugar de morir en la cruz, hubiese sido condenado a doce años y un día, en el supuesto de haber existido el cristianismo, cosa improbable, habría carecido de todo interés. Capote comenzó a escribir la novela por entregas y a medida que el relato iba avanzando, su compasión por los asesinos era neutralizada por la necesidad de que fueran ahorcados a fin de que su historia alcanzara un gran éxito literario. Llegó un momento en que el amor por uno de ellos desarrolló, a su vez, la perfidia más refinada en el alma del escritor. Te amo, parecía decirle con los ojos, pero deberás ir al patíbulo para que mi obra se salve. Capote ignoraba que en ese momento también él acababa de entrar con los asesinos en el corredor de la muerte. Se acabaron las fiestas de Nueva York, los turbios almohadones de Tánger, las buganvillas de Taormina y comenzó el furioso alcohol y las pastillas. El escritor quiso asistir a la ejecución de sus criaturas literarias. Se le vio de pie entre el público mientras los verdugos preparaban las sogas, pero Capote en realidad ya había muerto y sólo desde la propia muerte logró escribir el último capítulo de su novela. ¿Quién hubiera preferido a un Truman Capote compasivo? Esta es la maldad de la belleza.